

No hubo en Jerusalem quien no se ocupase de la conducta altanera y extravagante que habia observado el patriarca en la corte de Inglaterra, y todo el pueblo se desataba contra él, llegando á decir en alta voz: «La verdadera cruz del Salvador que en otro tiempo fué recobrada por un príncipe llamado Heraclio, será perdida bajo el pontificado y por falta de un patriarca del mismo nombre.» Todo el mundo murmuraba y detestaba su arrogancia, no escaseando tampoco la crítica severa que se hacia de su conducta (1).

A estas quejas y lamentos contra el prelado sucedieron tristes presentimientos por el porvenir: el rey moribundo, el sucesor un niño de menor edad, un regente ambicioso, sin religion, sospechoso de aspirar á la corona y en inteligencia con los infieles, la tregua á punto de concluir, el enemigo poderoso y temible, pocas tropas, menos dinero, diferentes partidos y divisiones mucho más funestas en la minoridad del príncipe: en estas lamentables conjeturas sobrevino la muerte del rey Balduino IV (1186).

Apenas hubo muerto el rey, su sobrino y sucesor Balduino V fué conducido á San Juan de Acre para confiarlo al cuidado del conde Josselin. Al cabo de siete meses, el joven príncipe fué hallado muerto sin saberse como ni de qué enfermedad, sospechándose haber sido envenenado, lo cual ocasionó nuevos motivos de turbacion y divisiones. Ninguno de los barones, ni el mismo tutor del pupilo asistieron á los funerales, por temor sin duda de que se les intimara cumplir la palabra que habian dado de reconocer por heredera de la corona á una ú otra de las dos hermanas de Balduino IV, Isabel y Sibila, si venia el caso de morir el jóven rey en el espacio de diez años. En su consecuencia, los Templarios se vieron obligados á conducir á Jerusalem el cuerpo de Balduino V, para inhumarlo en la iglesia del Temple, en donde habia el sepulcro del marqués de Monferrato su difunto padre (2). Despues de la ceremonia de los funerales, á los cuales asistieron el Patriarca, los dos grandes Maestres, Terric y Desmolins, la condesa Sibila, esposa de Lusignan, hermana de Balduino IV, madre del último rey y heredera de la corona, como hija mayor de Amauri, hizo llamar al patriarca Heraclio y á los dos Grandes Maestres para consultarles en el conflicto en que se hallaba, y tomar las medidas necesarias á fin de inutilizar la oposicion que temia se le hiciese para su coronacion. Ella no ignoraba por cierto que el conde Raimundo habia formado un partido numeroso, y que con intrigas y manejos le haria mucha oposicion. El

(1) Mar. Sanut, lib. 3, part. 6, cap. 24, pag. 117.

(2) Bernard Thesaurarius, cap. 137; Hist. Montisferrati á Benavento et S. Georgio.

consejo le aseguró que seria coronada y reconocida por única heredera del reino, á pesar de sus competidores, y sin perder tiempo, despues de haber reunido á algunos señores adictos, se avisó á los del bando de Raimundo, que sin dilacion se presentasen á Jerusalem para la ceremonia de la coronacion. Estos últimos, en vez de comparecer, mandaron una diputacion al partido contrario, prohibiendo pasar adelante, y declarando que la condesa no seria jamás reconocida por heredera de la corona, á menos que fuese declarado nulo su matrimonio con Guido de Lusignan. Sibila, que era una princesa habil y astuta, fingió consentir en semejante proposicion, exigiendo que los grandes se comprometiesen con juramento solemne á reconocer por soberano á aquel que eligiera por esposo. El juramento se hizo, y á pesar de que el conde de Trípoli era casado, juzgaba que Sibila le eligiria por esposo, ya por derechos de nacimiento, como por sus fuerzas, crédito y poder de sus partidarios, que propagaban la urgente necesidad de un príncipe que fuera capaz de sacar á la Tierra Santa de la triste situacion en que se hallaba, y que tuviera las cualidades de gran capitán para merecer la estima y la confianza del ejército; y este príncipe era Raimundo.

El patriarca, hombre capaz para todo, anuló el matrimonio, y habiendo obtenido de los dos Grandes Maestres las llaves del Tesoro Real, del cual eran depositarios, tomó dos coronas, una para la condesa, y otra para el que eligiera por esposo. El dia de la coronacion, se cerraron las puertas de la ciudad para evitar una sorpresa; Terric, Gran Maestre del Temple, y Renaldo de Chatillon fueron á buscar á Sibila y la acompañaron á la iglesia del Santo Sepulcro, donde se hallaba reunida la corte, los grandes y los barones, y el patriarca hizo la ceremonia de ponerle la corona, y luego le señaló la otra corona que estaba sobre el altar, y le dijo: «Señora, ahora pertenece á vos el disponer de dicha corona, colocándola á quien sea digno del trono.»

Sibila la tomó, y llamando á Lusignan su marido, se la colocó en la cabeza, diciendo con energia: «Señor, yo no conozco persona más digna que vos para ceñir esta diadema; es en vano que los hombres hayan intentado separar lo que Dios habia unido (1).»

Despues de esta imponente á la par que ruidosa funcion, el rey y la reina pasaron á la casa del Temple, donde, segun antigua costumbre, la ciudad estaba obligada á servirles la comida (2). La sorpresa que causó á los partidarios del de Trípoli este desenlace, no pudo ser mayor, diciendo en alta voz que habian sido vilmente engañados. El conde Raimundo vió

(1) W. Tyr.: Continuata Hist., col. 591.—Rog. de Hoveden, pag. 131.

(2) Asisses de Jerusalem, cap. 288.



en ello una injusticia y una felonía y dejándose dominar por el furor y la venganza, y juzgando que cuanto había sucedido era obra de los Templarios, juró desde entonces su ruina y la de Lusignan. Lleno, pues, de este espíritu de venganza, y con la firme resolución de sacrificarlo todo á su resentimiento, salió bruscamente de Jerusalem para sus estados, rehusando prestar homenaje al rey Lusignan; y en su despecho llegó á proponer se eligiera otro rey, y que este fuera Onfróy de Toron, esposo de Isabel, hermana de la reina Sibila, cuyo proyecto de rebelion, fracasado en su calenturienta cabeza, le inspiró otro, que fué acudir á Saladino, concertando una alianza con los infieles, que supieron aprovecharse de tales divisiones para tender asechanzas, en las cuales cayeron los cristianos (1).

Saladino, tan hábil político como gran capitán, luego que tuvo conocimiento de cuanto había acontecido, por las noticias que le había comunicado el conde, envió á un personaje de toda su confianza para tratar con el de Trípoli. El emisario representó con una franqueza simulada, que el interés de su amo no podía permitir que un reino cristiano é independiente fuese enclavado dentro de los estados que componían su imperio, pero que si el conde se hacía creyente y feudatario, Saladino tenía poder bastante para colocarle como rey de Jerusalem, y para sostenerle haría una guerra sin cuartel á los Templarios, enemigos irreconciliables tanto del uno como del otro.

El conde de Trípoli, ciego de pasión y venganza, accedió á todo, y se dice aún, que desde luego se hizo circuncidar, acordando con el emisario, que para obtener mejores resultados, no se haría público su cambio de religion, ni su tratado con Saladino, hasta que subiera al trono de Palestina. Concluida la conferencia y arreglado el tratado, partió el emisario para el campamento de Saladino, y el conde de Trípoli quedó imaginando planes contra Guido de Lusignan. Este, para afianzar su trono, reunía tropas para oponerse á su rival; pero los hombres más sensatos y prudentes le aconsejaron los medios de dulzura y conciliación, enviando á Tiberiades personas de valer y prestigio, á fin de reducir y calmar á los descontentos; y Lusignan, accediendo á este consejo, no halló personas más á propósito para hacer entrar al conde en razón que los dos Grandes Maestros de las Órdenes, quienes se encargaron de esta misión, y partieron al momento acompañados de dos prelados.

Apenas habían llegado á Nazareth, después de una jornada de camino, á la madrugada el grito confuso de la gente «á las armas» les despertó; y al preguntar la causa de esta alarma, se les dijo que el enemigo, esparra-

(1) W. Tyr., Cont. Hist., col. 567, n. 4.

mado por la Galilea, saqueaba y recogía impunemente cuanto encontraba, habiéndose apoderado del camino que conduce á Tiberiades (1).

Todo esto era debido á que el traidor conde de Trípoli, no pudiendo negar nada á quienes había pedido protección, había permitido á Afdal, uno de los hijos de Saladino, que entrase é hiciera una correría dentro la Galilea, con la condición de no maltratar á nadie, ni causar daños ni perjuicios en las comarcas. Más el hijo de Saladino, impaciente por hacerse también temible como su padre, y adquirir fama de gran general, haciendo poco caso de las promesas que se le habían exigido, pasó el Jordán con 7,000 hombres, maltrató á los cristianos acusándoles de cobardes, y devastó el país con el objeto de llamar la atención de las fuerzas cristianas y combatir con ellas (2).

Los dos Grandes Maestros, á quienes pareció que esta invasión era un rompimiento de la tregua, reunieron con prontitud de las plazas vecinas todas las fuerzas posibles, y se pusieron á la cabeza de 130 caballeros y de 400 entre soldados y sirvientes de armas; pero antes de marchar contra el enemigo con este puñado de gente, como verdaderos Matatías, animaron á los suyos al combate, procurando inspirarles los sentimientos de celo y honor de que estaban penetrados. Terric gritó á los Templarios:

«Queridos amigos, azote del musulmán, siempre intrépidos, vosotros que no habeis sabido jamás retroceder ni temblar á la vista de estos impíos, este es el momento de recordar vuestro antiguo valor, y de reanimar vuestro coraje; este es el combate del Señor, y vosotros ocupais el lugar de los ilustres Macabeos; se trata de imitar su bravura y defender lo que os es más querido. Por la fe, por la Iglesia y por el honor de los Santos Lugares, sostenidos por la fuerza de un brazo todopoderoso, nuestros antepasados no contaron jamás el número de los enemigos. Yo que confío más en el ardor de vuestro celo, que en estas frágiles armas, lo espero todo de vuestros esfuerzos y de vuestra magnanimidad (3).» Estas palabras pronunciadas con fuego fueron acogidas con general aclamación, y con voz unánime gritaron los Templarios: «Vencer ó morir por aquel que nos ha redimido. Marchemos; ¿qué es lo que esperamos? La victoria es segura, tanto en la vida como en la muerte.»

Poseidos del ardor que inspira la presencia y ejemplo del jefe, corrieron á encontrar al enemigo, y sin atender á la superioridad del número, le atacaron con tal impetuosidad, que, á pesar de ser un cuerpo numeroso, no pudo resistir, introduciéndose en él tal desorden, que se desbandó, perdiendo mucha gente. Sin embargo, advertido del pequeño número de

(1) Chron. Terræ Sanctæ Radulf. Coggeshale, al año 1187.

(2) Hist. de Saladino por Marin, tom. 1. pag. 45<sup>o</sup>.

(3) Chron. Terræ Sanctæ, col. 519.—Martene. t. 3, Vet. Script.



caballeros que le atacaba, vuelto de su espanto y reanimado, fingió huir para atraerles al llano, con el fin de separarlos de los sirvientes ó infantería, impidiendo se socorriesen los unos á los otros, y desgraciadamente se cayó en el lazo, y el pequeño cuerpo así separado fué muy pronto derrotado. Los soldados y sirvientes fueron acuchillados y pisoteados por los caballos; el cuerpo de los caballeros luchó con la firmeza proverbial de la Orden, y fué necesario para vencerle y arrollarle el esfuerzo de todos los 7,000 musulmanes, y aún no lograron su objeto, hasta tanto que se le puso en la imposibilidad de luchar, oprimiéndole tan de cerca, que no tenían los caballeros ni espacio ni libertad suficiente de manejar la lanza ó espada, ni tampoco avanzar ó retroceder, prefiriendo morir cubiertos de lanzadas antes que rendirse.

El Gran Maestre de los Hospitalarios, Fr. Roger Desmolins, cayó muerto de una lanzada que le atravesó de parte á parte: el de los Templarios, casi aplastado por los golpes de maza, pudo escapar con algunos de los suyos, abriéndose paso al través de los enemigos. Quedaron en el campo de batalla solamente dos caballeros vivos, combatiendo tan heroicamente, que debe consignarse de un modo particular.

El uno era Templario, y el otro del Hospital, el primero era portaestandarte de la Orden, que un autor contemporáneo dice se llamaba Jaquelin de Mailly, gran capitán y de una fuerza poco común (1). Seméjante á una leona, que viendo se le han quitado sus cachorros despedaza con sus dientes y destroza con sus uñas todo cuanto encuentra alrededor de su caverna, así también el bravo Templario, viendo á su compañero hospitalario ya derribado y exánime, se anima de nuevo coraje, y firme contra todos, abate y derriba á cuantos se atreven á acercarse y medirse con su poderoso brazo. A vista de este prodigio de valor, los musulmanes atónitos y admirados apenas creían á sus ojos y sea que nadie se atreviese ya á luchar con él sea le mirasen como uno de aquellos héroes, que consideraban más dignos verles gloriosos en su poder que quitarles la vida, cesaron de combatirle, y para que se rindiera, se le alarga la mano, se le promete la vida, pero inútilmente. Aquella grande alma no pudiendo sobrevivir á la desgracia de sus cohermanos, no admite proposiciones, y continua en la lucha, prefiriendo una muerte gloriosa á una vida de angustias, y por fin sucumbe, no tanto vencido cuanto ahogado y cubierto bajo un monton de dardos y lanzas, hasta aparecer sepultado entre ellas.

Como iba montado en un caballo blanco, y sus armaduras lucían extraordinariamente, los sarracenos, al verle caer, dieron un gran grito considerando haber cogido al san Jorge de los Francos, pues era en aquel

(1) Chron Terræ S., col. 551.—Martene, tom. 3 Vet Script.—Hist. Jerosol. incerti auct. in Gestis Dei per Francos, pag. 1151.—Hist. de Saladino por Marin, tom. 1, pag. 460.

tiempo común la opinión, y hasta entre los infieles, el haberse visto con frecuencia á san Jorge, montado en un caballo blanco á la cabeza de los cruzados, y combatiendo en su favor.

El cuerpo del Templario bien pronto fué rodeado de curiosos, disputándose las prendas más insignificantes de sus ropas y despojos; algunos se frotaban la cabeza con el polvo empapado de sangre, como si esta superstición pudiera tener la virtud de hacerles herederos de su bravura (1). Este combate tuvo lugar en una era que aún hoy se encuentra cerca de la aldea llamada El-Mahed.

El conde de Trípoli, se dice, asistía á esta acción, pero disfrazado, quien combatió contra el Gran Maestre del Hospital y le derribó del caballo. Muchos Hospitalarios y más de 60 Templarios murieron generosamente; defendiendo á dicho Gran Maestre para arrancarlo de las manos de los bárbaros (2); mas era ya difunto. Los Hospitalarios, después de la batalla, buscaron el cadáver de su jefe, y con mucho trabajo le reconocieron debajo de un monton de cadáveres de sarracenos; fué trasportado á Tolemaida, donde le hicieron suntuosos funerales, y se pasó luego á la elección de otro Gran Maestre, que se llamaba Fr. Garnier de Siria.

Esta derrota tuvo lugar el 1.º de mayo de 1187, la cual obligó al Gran Maestre del Temple á volver á Nazareth para la reorganización de sus caballeros, y los otros diputados continuaron su camino hácia Tiberiades para reducir á la obediencia del rey de Jerusalem al conde de Trípoli, quien tuvo la culpa de esta última desgracia, por más que quieran defenderle algunos autores (3). Los diputados tuvieron una conferencia con el conde, haciéndole cargos por las funestas consecuencias que podían seguirse de sus tratos y compromisos con Saladino, y le manifestaron el mal inmenso que causaba al reino, así como á su reputación, y las ventajas y utilidad que podrían resultar de su reconciliación con Lusignan. El conde Raimundo aparentó convencerse de sus razones, y ofreció romper la alianza con Saladino; y para dar colorido á su resolución hipócrita, licenció á los sarracenos que tenía á sueldo (4), marchando con los diputados para someterse á Lusignan. La noticia de esta determinación restableció la calma en todos los ánimos. El rey, acompañado de obispos, Templarios y barones fué á su encuentro, y al verle, desde luego bajaron todos de caballo. El conde en presencia del rey dobló la rodilla, y le reconoció por su soberano, y éste le levantó y abrazó, marchando juntos hasta Naplusa, con

(1) Hist. de Saladino por Marin, tom. 1, pag. 460.

(2) Roger de Hoved. en Enrique II.—Cont. de W. de Tyr., lib. 1, cap. 5.

(3) Los Benedictinos autores de la Hist. del Languedoc, tom. 2, pag. 646.—Hist. de Saladino, tom. 2 pag. 26.

(4) W. Tyr.: Cont. Hist. belly sacri col. 600.



demostraciones de afecto y simpatía, y al llegar á Jerusalem, el conde prestó homenaje segun las ceremonias acostumbradas.

Los cristianos no tenían ya derecho á quejarse del poco respeto que se tenía en observar la última tregua. Saladino por su parte podia acusarles, de haber sido ellos los primeros en romperla, por cuanto antes del combate del 1.º de mayo, el señor de Krac habia hecho una expedicion hasta la Arabia, y hecho prisionera á una caravana de musulmanes que iban á la Meca. Un historiador al hablar de este hecho, añade que Chatillon en su cólera y atolondramiento habia dicho mil indignidades contra Mahomet, y que rehusó entregar los peregrinos, siguiendo la costumbre de los Templarios, de los cuales estaba llena su villa. Nosotros no hallamos culpables á los Templarios de esta supuesta costumbre, sino en el abate Fleury. Debe hallarse muy falto de pruebas contra estos caballeros, cuando tiene que citar una vida de Saladino manuscrita que no es fácil consultar. Si dicho manuscrito es el del abate Renaudot (1), puede oponérsele otra obra del mismo escritor, el cual hablando del mismo hecho, no dice una sola palabra de los Templarios.

Si esta circunstancia se hallase entre los historiadores árabes, ¿por cuál casualidad se hubiera escapado á los escritores que los traducen tan escrupulosamente (2)? La fortaleza de Krac, tantas veces atacada, no fué jamás defendida por guarnicion de Templarios; ¿por qué se dice, pues, que toda la villa estaba llena de ellos (3)?

En vano puede buscarse en otra parte el origen de las desgracias en que se vieron sumergidos los cristianos, sino en sus divisiones y su mal gobierno. Al conde de Trípoli y á Chatillon buscaba Saladino para exterminarlos, ultrajado y ofendido de la perfidia y villanía de los dos.

Mientras se formaba su ejército en las llanuras de Damasco, Saladino con un cuerpo de tropas marchó contra Chatillon para satisfacer una cruel venganza. La vista del castillo de Krac exaltó la cólera del sultan contra su temible rival, lo bloqueó algun tiempo, y al retirarse le insultó y desafió al combate; y como nadie se presentase, juró cortarle la cabeza con su propia mano, si algun dia caía en su poder. En fin, contento de haber saqueado y destruido la comarca de esta plaza, la abandonó para llevar el fuego y el hierro á los estados del conde de Trípoli.

Al rumor de las devastaciones hechas y del sitio que habia emprendido el temible Saladino contra Tiberíades, los cristianos alarmados pro-

(1) Hist. Patriarcharum Alexand., an. 1186, pag. 311.

(2) Hist. de los Arabes, en 4.º; tom. 16 de la Hist. Universal de los Ingleses, pag. 312.—Hist. de Saladino, año 1183, t. 1, pag. 432.—Hist. de los Arabes por el ab. Marigny, tom. 4, pag. 217.

(3) Hist. de Saladino, tom. 1, pag. 214, 436; tom. 2, pag. 119.

curaron hacer todos los esfuerzos imaginables para contrarestar á Saladino. El Gran Maestre del Temple, al ver reducidos sus caballeros á un número insignificante, por razon de las grandes pérdidas sufridas en la batalla anterior, dispuso que de todas las guarniciones de las plazas y del Santo Sepulcro acudiesen cuantos fuera posible, para formar un cuerpo respetable en vista del peligro que amenazaba. El nuevo Gran Maestre del Hospital, Fr. Garnier de Siria, siguió el ejemplo de Terric, mandando la admision de novicios, su profesion inmediata y su remision al campamento, para reemplazar las bajas sufridas en el desastre pasado. Entre Templarios, Hospitalarios y demás fuerzas que se reunieron, pasaban de 1,200 caballeros y 20,000 infantes, mandados cada cuerpo por un soberano particular. Habia el que mandaba Renaldo de Chatillon, otro por Renaldo de Sidon, los galileos por el conde de Trípoli, y los de Naplusa por Balizan. Desde la conquista de los Santos Lugares, los cristianos no habian reunido un ejército tan numeroso; todos los hombres y jóvenes, tanto de las ciudades como del campo que se hallaban en estado de empuñar la lanza ó manejar el arco, fueron obligados á alistarse y formar en el ejército.

Para sufragar los gastos de este armamento, compuesto más de hombres que de soldados, fué necesario acudir á los Templarios, que tenían en depósito el tesoro del rey de Inglaterra, y sacar de él lo preciso para las urgencias de la guerra. Ya hemos visto que todos los años Enrique II estaba obligado á remitir al Temple sumas considerables en penitencia de la muerte del arzobispo de Cantorbery.

Los cristianos fueron á acamparse en las llanuras de Sefhourí. La condesa de Trípoli, á la cual Raimundo su esposo habia encargado defendiese á Tiberíades, envió á decir que si no llegaba un pronto socorro, dicha plaza, pues la ciudad estaba ya tomada y quedaba sólo la ciudadela, no podria sostenerse sino algunos dias. Al llegar esta noticia hubo consejo de los barones, y la mayoría entusiasmada dijo que debia marcharse inmediatamente contra el enemigo. El conde de Trípoli sostuvo que lo más conveniente era buscar posiciones ventajosas, apoyando su parecer con razones capaces de conmovier los ánimos y arrastrar los espíritus, si ellas hubieran sido menos insidiosas y más sinceras, por cuyo motivo se escucharon con prevencion.

El Gran Maestre del Temple tuvo el valor de resistir á la opinion del conde, procurando hacer desistir á los que se habian dejado conmovier por el discurso del de Trípoli; y cuando todos se hubieron retirado á sus tiendas, el del Temple sospechando mala fe en el conde Raimundo, habló al rey en estos términos: «¿Pensais, señor, que seria prudente practicar y poner en ejecucion el consejo que os dan? ¿Estais bien seguro de que no se busca otra cosa que haceros traicion? ¡Qué mancha para vuestra repu-